



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María

Sábado 8 de diciembre de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Celebramos hoy la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen María. Conmemoramos la intervención extraordinaria mediante la cual el Padre celestial preservó del pecado original a la que sería la Madre de su Hijo hecho hombre. A María, que resplandece en el cielo, en el centro de la asamblea de los bienaventurados, se dirige hoy la mirada de todos los creyentes.

Vienen a la mente las palabras que Dante, en el canto XXXII del Paraíso, escucha de san Bernardo, último guía en su peregrinación ultraterrena: "Mira ahora el rostro que más se asemeja a Cristo; porque su sola claridad te puede disponer a ver a Cristo" (vv. 85-87).

Es la invitación a contemplar el rostro de María, porque la Madre se asemeja más que cualquier otra criatura a su Hijo Jesús. El esplendor que irradia de ese rostro puede ayudar a Dante a soportar el impacto con la visión beatificante del rostro glorioso de Cristo.

2. ¡Cuán valiosa es la exhortación del santo doctor de la Iglesia para nosotros, peregrinos en la tierra, mientras celebramos con alegría a la "Toda Hermosa"! Pero la Inmaculada nos invita a no detener nuestra mirada en ella e ir más allá, penetrando, en la medida de nuestras posibilidades, en el misterio en el que fue concebida, es decir, el misterio de Dios uno y trino, lleno de gracia y fidelidad.

Al igual que la luna brilla gracias a la luz del sol, así el esplendor inmaculado de María es

totalmente relativo al del Redentor. La Madre nos remite al Hijo; pasando por ella se llega a Cristo. Por eso Dante Alighieri dice oportunamente: "Su sola claridad te puede disponer a ver a Cristo".

3. Como todos los años, esta tarde iré con íntima alegría a la plaza de España para unirme al tradicional homenaje que la ciudad de Roma rinde a la Inmaculada. A ella le renovaré la consagración de la Iglesia y de la humanidad en este difícil momento de la historia.

Para adquirir confianza y dar sentido a la vida, los hombres necesitan encontrarse con Cristo. Y la Virgen es una guía segura para llegar a la fuente de luz y amor que es Jesús: nos prepara para el encuentro con él. El pueblo cristiano ha comprendido sabiamente esta realidad de salvación y, dirigiéndose a la "Toda Santa", con confianza filial la implora así: "*lesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende. O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria*. Después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!".

Después del Angelus

Con especial afecto os saludo, queridos miembros de la Academia pontificia de la Inmaculada, acompañados por vuestro amado presidente, el cardenal Andrzej María Deskur. He sabido con alegría que durante estos días habéis profundizado en el texto de la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, comprometiéndoos, en particular, para que la Iglesia sea "la casa y la escuela de la comunión" (n. 43). Os agradezco esto y también vuestra contribución a la celebración de esta solemnidad. Que la Virgen acompañe siempre vuestro camino.

Extiendo mi saludo a todos los peregrinos presentes. En particular, acojo cordialmente al grupo de la *Obra de la Iglesia*, que está viviendo un encuentro fraterno con espíritu de profunda devoción mariana.